

naturaleza ha dotado los labios de un hombre. Bossuet está de tal modo incorporado á la gloria de la Francia, que disminuyéndole, se quitaría algo á la magestad del genio francés.

Este nombre se asemeja á esas cumbres de los Alpes ó del Himalava, cubiertas de nieves

ó de rayos, que los hombres no habitan, pero que constituyen la fama y el orgullo de las comarcas que aquellas montañas tienen á la sombra, y sirven para medir la altura á que la tierra puede elevarse en el cielo.

MILTON.

Año de 1627 de J. C.

I.

Milton es uno de los tres grandes poetas cristianos que fueron á la teogonía de la edad media lo que Homero fué al Olimpo pagano. Estos tres grandes poetas teológicos son Dante, el Tasso y Milton. La *Divina Comedia* de Dante, la *Jerusalén libertada* del Tasso y el *Paraíso Perdido* de Milton son las *Iliadas* y las *Odiseas* de nuestra teología.

Estos poemas son casi de la misma fecha, es decir, de la época en que los misterios, todavía muy sagrados, comienzan sin embargo á servir de texto y aun de juego á la imaginación de los artistas; época muy peligrosa para los dogmas con los cuales se familiariza el espíritu, dejándolos pasar del santuario á las letras.

Las religiones severas deberían, como Platón, espulsar á los poetas. El que canta sus dioses, está muy próximo á profanarlos. Pero tan incontestable y tan soberana era la teología en tiempo de Dante, del Tasso y de Milton que ni siquiera prevenía el peligro. Dejaba á los poetas mezclar impunemente sus fábulas y sus verdades; todo incienso le parecía bueno, aunque estuviese compuesto de las flores más sospechosas de la antigüedad mitológica, y quería que hasta sus sueños fuesen cristianos.

II.

De estos tres grandes cantores de la teología que acabamos de citar, uno solo es verda-

deramente original, es decir, nacido de sí mismo, de su fé, de su país y de su tiempo: este es el Dante. No se parece á ninguno de la antigüedad poética; es un monge de algun sombrío convento cristiano de la edad bárbara, que sueña bajo las bóvedas de su claustro un paraíso, un purgatorio y un infierno monásticos, como su imaginación, y que cuenta al despertar á sus hermanos en sencillez cosas extrañas, extravagantes, triviales, atroces, algunas veces sublimes que jamás habían sido contadas.

Es el Apocalipsis de los poetas, inteligible por el sentido, grandioso y casi antediluviano por la imagen, incomparable y verdaderamente monumental por la lengua.

III.

El Tasso imita á Homero y Virgilio, adaptándolos á la religión, á las costumbres, á la lengua, al gusto y aun á los vicios de su tiempo. La religión no es más que el pretexto de su poema; la caballería, la guerra y el amor forman su fondo. Es más amante que teólogo. Sus narraciones son graciosas como las pastorales de Teócrito, melancólicas como las elegías de Tibulo y romancescas como las aventuras de los Amadis. Es el romance de caballería pasado con los árabes de Bagdad á Ferrara y elevado por el tierno genio del Tasso á la dignidad y á la inmortalidad de la epopeya.

IV.

Milton es el menos original de los tres grandes poetas cristianos, porque imita prime-

ramente á Homero, luego á Virgilio y despues á Dante y al Tasso; pero su verdadero modelo es Dante. Toma el mismo asunto sobrenatural de la teogonia cristiana; canta á la Inglaterra lo que ya ha oido la Italia, la lucha de los ángeles creados, rebelados contra su Criador, los amores del Eden, la seducción de la muger, la caída del hombre, la intercesion del Hijo de Dios con el Padre, inexorable hasta consentir la muerte de su hijo, parte de si mismo, y la Redencion entrevista en el fondo como el desenlace de aquella tragedia divina.

En fin, toda esa serie de misterios que el filósofo trasluce en sus conjeturas, que el teólogo esplica y que el poeta canta, sin pedirles otra cosa que lo maravilloso, las imágenes y las emociones.

¿Y por qué Milton escogió ese asunto de epopeya teológica para cantarlo á la Inglaterra, tan rica de tradiciones sajonas ú osiánicas, ya populares y tan á propósito para servir de texto á una gran epopeya original y nacional del Norte?

La respuesta está en su carácter y en su vida. Su naturaleza era teológica, y habia pasado su juventud en Italia. El primer viage de un hombre es un segundo nacimiento. Entonces es cuando se empapa en esas primeras sensaciones y en esas primeras imágenes que le penetran hasta una especie de trasformacion de si mismo. El fenómeno de la petrificacion no se verifica solamente por el agua sobre la planta, sino que se opera sobre el hombre por el aire que respira. Milton habia respirado en Roma y en Nápoles con el trato de los grandes talentos italianos de la época, la poesia y la libertad, estas dos almas de su alma; habia buscado la sociedad de los italianos mas célebres y literatos de las diferentes córtes y naciones que habia visitado. Habíase hecho italiano en la lengua, en el oido, en el gusto y en el corazón. El mismo habia sido prematuramente apreciado, y por decirlo así, presentido por los políticos y literatos ilustres de Florencia, Roma y Nápoles.

No deja de ser hoy curioso cuando se visita los archivos y las bibliotecas de los soberanos de Italia hallar frecuentemente en las correspondencias de los poetas y de los sabios de aquel siglo mencionado el nombre de aquel joven inglés amigo de las musas, que habla y escribe en verso la lengua de Torcuato, y que promete á la Inglaterra un gran orador, un gran político y un gran poeta. Los estrangeros, mas imparciales, presienten á un hombre antes que sus compatriotas.

VI.

Milton no debía engañar á ninguno de esos augures, ni á ninguna de aquellas amistades de los hombres eminentes de la Italia: digamos en dos palabras su vida.

Es muy característico del tiempo actual tomar mas interés por el hombre que por el libro. Lo que se quiere del libro es el hombre. ¿Qué sería el Tasso sin sus amores y su prision? ¿Qué sería J. J. Rousseau sin sus Confesiones? ¿Qué sería el mismo Voltaire sin su correspondencia? Parece que la humanidad se ha hecho toda histórica, pues se estudia, analiza y contempla á si misma en cada uno de los hombres eminentes que componen su siglo. El libro miente, el hombre jamás; su vida le revela á pesar suyo. He aquí por qué las bellas biografías por el estilo de Plutarco han llegado á ser en nuestros dias la parte mas trascendental de la historia. Un hombre os ilumina toda una época.

El presentimiento de esta disposicion de los ánimos en este siglo es el que nos ha hecho concebir *El Civilizador*, esa historia universal, compuesta de las vidas de todos los grandes hombres

VII.

Milton, nacido de padre y de madre nobles, que vivian en una tierra de las cercanías de Londres, despues de haber sido formado para el estudio de las letras en la universidad de Cambridge, y despues de haber dado sintomas de superioridad de talento en los poemas latinos admirados por los eruditos, fué enviado á Italia por su padre á adquirir trato de mundo y ejercitarse en las letras antes de la edad de los negocios y de la política. Muchos años prolongó allí su estancia seducido por la dulzura del clima, por la gracia de las mugeres, por la poesia de los paisajes y de los hombres, por las amistades ilustres con los grandes protectores de los poetas de la época, y por la molición del aire de Nápoles, que se infiltra en las venas, y que hace olvidar todo, hasta la gloria y la patria. El mismo lo confiesa en estos versos escritos por él en la lengua del Tasso:

«He olvidado el Tamesis por el voluntuoso Arno.
»Así lo ha querido el Amor que jamás quiere nada en vano!»

Se ve que habia en Florencia ó en Pisa alguna Leonor para ese otro Tasso. El amor solo da el secreto de lo que parece inexplicable en

la vida de los hombres y sobre todo de los poetas.

¿Cuál fué el desenlace de ese amor? Este es el misterio de ese periodo de la vida de Milton.

VIII.

A su regreso á Inglaterra halló al parlamento en lucha con el rey, las armas en todas las manos, y el fuego de las controversias religiosas y políticas en todas las almas. Reflexionó tres años en la soledad sin dar muestras de inclinarse ni á los realistas, ni á los puritanos, absorto únicamente en los estudios preparatorios de su poema futuro, ya concebido en sus viages.

«Yo levantaré un dia á la posteridad, dijo en aquella época en una carta confidencial, algo que no deje morir mi nombre, á lo menos en mi isla natal.» Así es como todos los grandes hombres tienen desde muy temprano un sentimiento anticipado de su gloria futura, que el vulgo confunde con el orgullo, y que no es mas que la conciencia sorda de su genio.

Trascurridos esos tres años, Milton aplazó su poema para tiempos mas literarios, si es que debian llegar esos tiempos, y tomó partido por la libertad. Mucho tiempo hacia que los poetas seguian á las córtes; Milton fué tentado por la gloria de ser en su pais el primer poeta de Dios y del pueblo.

Pero ni el pueblo, ni los puritanos tenian oídos para los versos. Se lanzó á la pelea, armado de arengas, controversias y folletos, esas armas cotidianas del pueblo en revolucion. Su talento, trasformado, pero no envilecido, difundió pronto su nombre entre la muchedumbre. Sentíase en él el acento varonil y republicano de la antigua Roma, vibrando en el alma de un puritano bretón.

Cromwell, que personificaba entonces en si mismo el pueblo, el ejército, el celo de la fé, el orgullo de la raza y el derecho de la nacion, llegó á ser el Macabeo de Milton. El poeta se adhirió á la fortuna del Protector, como á la de su pais y de sus ideas. Vió en él al campeón del pueblo, al vencedor de los reyes, un nuevo juez de Israel, segun dice él mismo en sus escritos políticos del momento. Cromwell era la espada, y Milton quiso ser la palabra de la independencia. Cromwell, que hablaba mucho, pero mal, y no tenia tiempo ni ocasion de escribir, acogió con entusiasmo aquel talento viril y elocuente que Milton ponía á su servicio. No bastaba al viejo soldado triunfar en los campos de batalla de Escocia ó de Irlanda; necesitaba triunfar de la opinion. Los realistas, los católicos, los partidarios de la iglesia reformada le hacian una guerra de folletos que turbaba sus noches y amenazaba su poder, y que-

riendo ponerla término, encargó á Milton que contestase á aquellos argumentos ó invectivas, y lo acercó á su persona dándole el título de secretario y confiándole la redaccion de las disposiciones del gobierno. El gobierno estaba en la cabeza del Protector. Este confidente del gabinete de Cromwell era en realidad el ministro del Protectorado. Su nombre llegó á ser un poder y su fortuna creció á la altura de sus funciones. Sus hermanos vinieron á habitar con él una casa opulenta en Londres.

A los treinta y cinco años se casó con Maria Powell, de raza y opinion realistas. Las disenciones políticas envenenaron hasta el amor en el corazón de los jóvenes esposos. Maria Powell, á los pocos meses de matrimonio, se avergonzó de amar á un republicano que prestaba su pluma al enemigo del rey de sus padres. So pretexto de ir á visitar á su familia, abandonó la casa conyugal y rehusó volver á ella. Ofendido Milton por este abandono, escribió una disertacion sobre el divorcio.

«No es Dios, dijo, quien ha prohibido el divorcio, sino el sacerdote. El amor y la concordia son el objeto del matrimonio; cuando no existen entre los esposos, el matrimonio no une mas que las antipatías y los odios.»

IX.

Habia obtenido ya el divorcio y estaba en vísperas de casarse con otra muger, cuando los celos despertaron tal vez en el corazón de la esposa fugitiva el recuerdo del primer amor. El mismo Milton se acordó de haberla amado demasiado y conoció que la amaba todavía. Una entrevista, preparada por los amigos, sin saberlo los dos esposos, acabó la reconciliacion.

Un dia que el poeta, convidado al campo por uno de sus vecinos, hablaba melancólicamente con él del aislamiento y de la tristeza de su vida, echando de menos los dias de felicidad que habia pasado con Maria Powell, en otro tiempo su amor, y su pesar siempre, se abre la puerta de una habitacion contigua, detras de la cual escuchaba Maria la conversacion, y la esposa de Milton se deja caer á sus pies y pronto en sus brazos. El arrepentimiento, las lágrimas y los abrazos consumaron la reconciliacion y dejaron á Milton una impresion tan deliciosa, que mas adelante, en su vejez, hizo de todo esto una de las escenas mas patéticas de su poema: *la Reconciliacion de Adán y Eva*.

«Pero ella, bañados los ojos en lágrimas y esparcidos sus largos cabellos sobre sus hombros, se prosternó á sus plantas, y abra-

»zándolos contra su pecho, imploró su perdón.»

»No me abandones así, ó Adán; el cielo es testigo del amor respetuoso que alimento para tí en mi corazón. Si tú me abandonas, ¿dónde quieres que yo viva? ¡Ay! mientras tengamos todavía que vivir aquí algunas horas, por fugitivas que sean, dulcifíquelas la paz entre nosotros dos!»

»Interrumpióse ella con sus sollozos; su humilde actitud, hasta que el perdón y la paz saliesen de los labios de su esposo, enterneció á Adán, que se conmovió al ver á la que poco antes había sido sobre su corazón su vida, su alegría y sus delicias, prosternada ahora á sus pies, sobre la tierra, deshecha en lágrimas; criatura tan bella y poderosa implorando el perdón, la reprimenda y el apoyo de aquel á quien había desagradado.

»A la manera de un hombre, cuya arma se rompe en sus manos, siente calmarse toda su cólera, levanta á su muger y con voz y palabras dulces, le dice: Levántate, levántate, no hablemos ya de nuestras desgracias; no nos censuremos el uno al otro.» Eva, á su vez se arrepiente y se dedica á consolar á su marido.

»Cesó de hablar, y el dolor pintado en su rostro dijo lo demás. Sus pensamientos le habían de tal modo matado de antemano, que la palidez de la muerte cubría sus mejillas.»

X.

A esta reconciliación siguieron años de paz y de amor, durante los cuales nacieron tres hijas para consolar más tarde los días avanzados del poeta. La paz estaba en su casa y la consternación en el palacio de Whitehall. Cromwell acababa de permitir ó provocar gratuitamente el asesinato del rey vencido y prisionero. Milton, que había seguido al Protector en la guerra, le siguió en el crimen. Podía implorar el perdón para Carlos I, ó lavarse las manos de su sangre, ó separarse gimiendo de una causa que tan criminal se hacía de ese modo á los ojos de Dios y de los hombres; pero ora fuese decidida adhesión al Protector, ora fanatismo, lo cierto es que no demostró perplejidad, ni lástima, ni horror, y aun hizo más que consumir el regicidio, lo justificó después del hachazo que había hecho rodar la cabeza del rey cautivo del ejército. Sus argumentos se apoyan todos en falso.

Milton podía defender la opinión de que no siendo los reyes más que hombres investidos, como los demás magistrados, de un poder condicional y necesariamente responsable, no tienen para sus crímenes el privilegio de la impunidad; pero Milton debía además probar tres cosas que no intenta siquiera probar: primera-

mente que Carlos I, atacado y depuesto por su parlamento rebelde, era criminal en defender la constitución, su trono y su pueblo á la cabeza de su ejército contra el ejército de Cromwell.

En segundo lugar, que el crimen, si lo había, merecía la muerte.

Y en tercero que era justo, equitativo, humano y religioso para un ejército victorioso inmolarse á su rey vencido, desarmado y prisionero.

Milton no podía probar ninguna de estas tres proposiciones de su argumentación regicida. No probó más que una cosa: ó el endurecimiento del corazón mismo de un poeta por el fanatismo de partido, ó la sumisión del talento á la fortuna. Cualquiera de estas suposiciones acrimina igualmente su memoria. Si la piedad está proscrita del mundo, debería hallarse en el corazón del poeta, resumen vivo de todas las vibraciones patéticas de las cosas humanas. Y en cuanto al talento, el talento no es una disculpa, es una agravación; porque si se humilla ante el poder hasta lavar la sangre del cadáver bajo sus pasos, el talento es más culpable de esa adulación sangrienta que el vulgo, porque se encorva desde más alto y se inclina más bajo. De esta suerte el mismo Milton buscó la eterna salpicadura de aquella sangre real sobre su nombre, salpicadura que le dura todavía: porque esas manchas son de las que la gloria hace más oscuras sobre una vida ilustre, á causa de estar iluminadas con más luz.

Tal es el privilegio y la desgracia de los hombres grandes: las manchas que sus faltas hacen recaer sobre sus nombres se inmortalizan con su genio.

XI.

En recompensa de este fanatismo cruel ó de esta complacencia servil, Milton fué ascendido por Cromwell á la plaza de secretario de Estado de la república y de secretario del gabinete de Cromwell para la lengua latina. Se necesitaba de su elocuencia para refutar un libro.

Este libro, salido del sepulcro de Carlos I, turbaba á la Inglaterra con un remordimiento que era preciso calmar á toda costa. Este libro producía sobre la opinión de Londres el efecto que el testamento de Luis XVI produjo en París y en Europa después de la muerte de este monarca. Era el grito de la sangre, la voz de la conciencia después de la pasión. Atribuíase este libro póstumo á Carlos I, muy capaz de haberlo escrito en su prisión esperando la muerte.

Milton contestó al *Eikon basilicon* con otro libro titulado *El Iconoclasta*, con argumentos y con injurias, pero estas injurias, dirigidas á un cadáver decapitado, se asemejaban á sacri-

legios. ¿Y qué podían los argumentos contra las lágrimas?

XII.

El libro póstumo de Carlos I no pedía sino misericordia á Dios, piedad á su pueblo y mansedumbre á su hijo. Era la confesión de un rey cautivo, que repasaba en su prisión las faltas de su vida y que no atenuaba la mayor de estas faltas, la concesión de la muerte de su fiel ministro, el conde de Strafford, esperando reconciliarse á este precio con su parlamento.

»¡Ay! dijo, para apaciguar una tempestad popular, he levantado una tempestad eterna en mi seno.

»Puesto que los acontecimientos de la guerra son siempre inciertos y los de la guerra civil deplorables, cualquiera que sea mi suerte, estoy destinado á sufrir casi tanto con la derrota como con el triunfo: ¡oh Dios! ¡Concéde-me el don de saber sufrir!

»Mis enemigos en esta prisión no me han dejado de esta vida sino la corteza.

»Tú no verás ya el rostro de tu padre, ó hijo mío! Dios ha dispuesto que sea sepultado para siempre en esta prisión tenebrosa y dura.

»Recibe, pues, mi último adiós!

»Os recomiendo á vuestra madre, para después de mi muerte; acordaos de que al volver de Francia contra mi voluntad ha querido participar de mis peligros y de mis sufrimientos; padecer conmigo y por mí, con vosotros y por vosotros con una magnanimidad que su corazón de muger y de madre le ha hecho fácil y dulce!

»Cuando me hayan privado de la vida, ó hijos míos, pediré á Dios que no derrame las urnas de su cólera sobre este pobre pueblo.

»¡Vivan siempre en vosotros mi memoria y mi ternura!

»Adiós, pues, hasta que podamos encontrarnos en el cielo, porque ya no volveremos más á vernos sobre la tierra.

»¡Plegue al cielo que un siglo más venturoso se levante y luzca sobre vuestra infancia!»

XIII.

Tales páginas halladas en su féretro recordaban los salmos de un David de los reyes. El pueblo las leía como una defensa celestial que justificaba después del suplicio las intenciones y el corazón del ajusticiado. Milton se burlaba de ellas como de una declamación política hecha para atestiguar solamente el talento poético de la víctima.

»En verdad,» decía buscando el lado ridículo á las lágrimas y á la sangre del rey inmolado, «Carlos leía mucho á los poetas, y se puede creer que ha querido dejar en esos capitulos ensayos poéticos propios para demostrar á la posteridad sus dotes de escritor.»

XIV.

Pronto las invectivas que acometían desde Francia y de todo el continente al pueblo inglés para echarle en cara su regicidio, obligaron á Milton á vengar á su país. El patriotismo le inspiró mejor que el regicidio. Publicó la defensa del pueblo inglés contra el escritor francés Saumaise.

El ataque y la defensa eran igualmente venales. Saumaise había recibido del rey de Francia cien piezas de oro para impugnar y afrentar el asesinato del rey de Inglaterra, y Milton recibió de Cromwell mil piezas de oro para justificar la sangre derramada. «Saumaise, dijo Voltaire hablando de esta polémica, escribió como pedante y Milton respondió como fiera.» El juicio, aunque brutal, es justo. Cada frase de Saumaise traspiraba fatuidad, cada frase de Milton destilaba sangre.

Sin embargo, al final de estos voluminosos alegatos contra el cadáver de un rey, Milton parece entrever, el primero entre sus compatriotas, la futura trascendencia de la revolución de Inglaterra sobre la libertad del mundo.

»Enseñaremos á los pueblos á ser libres, esclama, y nuestro ejemplo llevará un día sobre el continente esclavizado una planta nueva más benéfica para los hombres que el grano de Triptolemo: la simiente de la razón, de la civilización y de la libertad!»

Milton era profeta; solamente se olvidaba de que esta simiente para ser fecunda no debía ser regada con sangre sino por los combatientes y los mártires. Los cadáveres de Carlos I y de Luis XVI no han hecho sino dar una sombra fatal á la libertad. La muerte no prueba nada, y los remordimientos no fortifican el alma de los pueblos, sino que la turban y la debilitan.

XV.

Sabido es como la república de Inglaterra fué convertida en dictadura soldadesca por Cromwell, y como esta dictadura y esta república espiraron juntas el día en que espiró Cromwell. La república no era todavía el pensamiento de los ingleses, ni de la Europa. La traición prevista de un general egoísta y embustero,

Monk, y de un ejército que buscaba un jefe, y las ambiciones de sueldos y de honores, entregaron la Inglaterra al hijo de Carlos I, al voluptuoso Carlos II.

Hagamos justicia á Milton: en ese corto intervalo que transcurrió durante la perplejidad de la nación entre la muerte de Cromwell y la traición de Monk y del ejército, Milton levantó denodadamente la voz para recomendar la constancia y la dignidad al pueblo inglés: «Si desmayamos, escribió, realizaremos las predicciones de nuestros enemigos: seremos la irrisión de la historia. Todos nuestros triunfos sobre la tiranía serán vanos, y perdida toda la sangre derramada: los hijos habrán anulado voluntariamente el precio de las vidas dadas por sus padres á la causa de la libertad.»

Propuso salvar á lo menos la libertad parlamentaria, dando mas estension al derecho electoral, para hacer contrapeso por medio de la representación de todas las clases del pueblo, al despotismo de la aristocracia, del clero y de la corte, cuya próxima restauración veía; pero quería que este sufragio universal fuese depurado del elemento demagógico, ilustrado por la inteligencia de los electores y ordenado gerárquicamente por muchos grados de elección. El número solo á sus ojos, como á los nuestros, era el materialismo de la elección. To lo derecho, según él, presuponía la moralidad y la capacidad. Todo tiene sus condiciones de orden en la política, aun la libertad. Sus últimos escritos de hombre de Estado atestiguan en él una experiencia madurada por el ejercicio del gobierno, y un sentido político que repugnaba las quimeras aun en su causa.

XVI.

La restauración de Carlos II le sorprendió en sus trabajos, inútiles ya por la traición del ejército, que había vendido á la patria, después de haberla conquistado. Carlos II no era vengativo; era solamente ligero. Perdonaba á todo el mundo, aun á los regicidas; pero su vuelta traía otra vez los realistas al parlamento, y éstos, como todos los partidos, eran implacables; así es que violentaron el carácter de mansedumbre del joven rey y le pidieron proscripciones y cabezas.

Milton, que había mojado, ya que no su mano, su pluma en la sangre del regicidio y en los asesinatos de Irlanda, peores que los de setiembre en 1792, se apresuró á esconderse para ser olvidado. Renunció sus funciones y se retiró á un arrabal oscuro de Londres para dejar pasar la venganza de sus enemigos. Muy pronto para poner á salvo su nombre del resentimiento de los realistas, hizo correr la voz de

su muerte y celebrar en vida sus propios funerales. Este subterfugio le salvó la vida.

Milton no fué descubierta sino después de haber pasado el primer furor de las reacciones, harta ya de suplicios. Desde sus ventanas había visto el cadáver de Cromwell exhumado por el verdugo, paseado por las calles de Londres y espuesto sobre el patíbulo á los insultos de la muchedumbre.

XVII.

Carlos II había conocido el retiro de Milton y fingido creer en la realidad de su muerte. No quería manchar su reinado con el suplicio de uno de esos hombres históricos cuya sangre pide demasiado alto venganza á la posteridad, y hasta mandó á decirle que le devolvería su destino de publicista del gobierno si quería emplear su talento en la defensa de la causa real.

Su segunda muger le instaba á cometer esta baja; pero Milton contestaba:

—Tu eres muger y piensas en nuestros intereses domésticos; yo pienso en la posteridad, y quiero morir dignamente.

Vivia Milton en una medianía muy próxima á la indigencia. Sus ojos, que habían sido siempre débiles y delicados, habían casi perdido la luz. No caminaba si no conducido por la mano de sus hijas. Paseándose un día á caballo Carlos II encontró al ciego en el parque de San James. El rey preguntó quién era aquel hermoso anciano privado de la vista, y como le dijese que era Milton, se acercó apostrofando al antiguo consejero de Cromwell con el tono de una severa jovialidad.

—El cielo sin duda os castiga por haber tomado parte en el asesinato de mi padre.

—Señor, replicó el anciano con una libertad varonil, si los males que nos afligen en este mundo son el castigo de nuestras faltas, ó de las de nuestros padres, es necesario que el vuestro haya sido muy culpable, porque vos también sois muy desgraciado.

El rey no se dió por ofendido de la réplica.

XVIII.

Milton frisaba en los sesenta años; pero tenía el verdor de espíritu y la belleza de rostro de la juventud. El genio devora á los débiles y conserva á los fuertes. Su ociosidad forzada le había lanzado á la poesía, antes pasatiempo y ya consuelo de su vida. La idea del gran poema que había traído de Italia y aplazado hasta

la edad de los ocios, rodaba mas que nunca en su pensamiento, y volvió á entregarse á sus estudios hebraicos, griegos, latinos é italianos con el fervor de un adolescente. El mundo imaginario le arrebatava deliciosamente del mundo real.

Muerta su segunda muger, volvió á casarse con una joven bellísima para que sirviese de alma á su casa y de madre á sus hijas, y de la cual fué amado, á pesar de su ceguera y su pobreza. Escribió algunos libros y la *Historia de Inglaterra* para ganar el pan de su familia y las dotes de sus hijas; pero su nombre perjudicaba á la popularidad de sus libros, y su poema se confundía con su historia. Los realistas se indignaban de que dejaran vivir y escribir al parricida de su rey y los folletistas del partido de la corte lanzaban invectivas contra él sin temor de que fuesen refutadas.

«Me acusan, escribió sin embargo á uno de sus amigos, extranjero, en una carta que después fué recogida, me acusan de ser pobre por que no he querido jamás enriquecerme á costa de la honra; me acusan de ser ciego por que he perdido la vista en el servicio de la libertad; me acusan de ser cobarde, y cuando tenia el uso de mis ojos y de mi espada, jamás temi á los mas atrevidos; me acusan en fin de ser feo, y nadie fué mas hermoso que yo en la edad de la belleza. No me quejo si quiera hoy de mi ceguera; en la noche que me circunda la luz de la divina presencia brilla para mí con mas vivo resplandor; Dios me mira con mas ternura y compasion, porque ya no tengo que ver á nadie mas que á él. La desgracia debería servirme de protección contra las injurias y hacerme sagrado, no por que esté privado de la claridad del cielo, sino por que de este modo estoy á la sombra de las alas divinas que parecen producir en mí las tinieblas. A esto en efecto atribuyo la mayor asiduidad de mis amigos, sus atenciones consoladoras, sus frecuentes y cordiales visitas y sus respetuosas deferencias para conmigo. «Mi adhesión á mi patria, escribe al mismo amigo, no me ha recompensado, y sin embargo, ese dulce nombre de patria sigue encandándome. Adios. Os suplico que dispenseis la incorrección latina de esta carta. El niño á quien me veo obligado á dictarla no sabe la fin, y tengo que deletrearle cada sílaba para que podais leer en mi alma.»

XIX.

Su última esposa, Isabel Minshul, y sus tres hijas se levantaban al mismo tiempo que el poeta para escribir, volver á leer y corregir los cantos de su poema, á medida que su genio se inspiraba. Meditaba sus versos por la noche

y los dictaba al rayar el día antes que el bullicio de la ciudad despertada en las calles viniese á distraer su pensamiento y á fijarlo en cosas terrestres. Al oír el ruido de la pluma de sus hijas sobre el papel, le parecia dictar el testamento cotidiano de su genio y depositar en lugar seguro el tesoro que había llevado hasta entonces en su pensamiento.

En lo restante del día hacia que le leyesen los poetas, la Biblia, las historias, ó se dejaba conducir por una de sus hijas á las campiñas solitarias de las cercanías de la ciudad para respirar el aire puro y sentir á lo menos sobre sus párpados los rayos de aquel sol que no veía ya sino por su calor.

XX.

Al pie de una encina, espuesta al mediodía, sobre la colina de Hampstead, fué donde Milton dictó un día ese patético apóstrofe á la luz, principio de su canto tercero, admirablemente imitado por Voltaire y por Delille. Siéntese en él la pasión de un bien para siempre perdido, y el dolor redobla la memoria de los tiempos en que se disfrutó.

«¡Salve, luz sagrada, hija del firmamento, primogénita del Creador, ó coeterna á Dios! ¿Se te ofenderá, ó luz, llamándote con este nombre? ¿No es luz él mismo y no ha habitado eternamente en la inaccesible claridad emanada de él? ¿Quién podrá decir de dónde sales? Antes que el sol, antes que los cielos, ya eras tú, y á la voz de Dios, revistes como de un manto al mundo salido de las aguas tenebrosas....»

«¿Cuando en mi vuelo (Satanás es quien habla) fui arrebatado al través de las tinieblas exteriores canté con acordes diferentes de los de la lira de Orfeo, el caos y la eterna noche!»

«Una inspiración celeste, bajo el nombre de Musa, me enseñó á no precipitarme en las sombrías profundidades del abismo, y á remontarme sobre ellas; hoy me aproximo nuevamente á ti, y siento tu lámpara vital y creadora sobre mis ojos!...»

«Pero tú, ó luz, no bajas á visitar estos ojos ya sin aurora, que giran en vano en sus órbitas, sin encontrar tus dulces rayos, hasta tal punto los oscurece un sombrío velo!»

«Sin embargo, no ceso de vagar por las campiñas que frecuentan las Musas, óaras fuentes, espesos bosques, colina dorada por el sol. No olvido ¡ay! aquellos dos poetas semejantes á mí en infortunio (y ojalá pueda yo igualarlos también en gloria) Thamiris y el ciego Homero!...»

«Entonces yo me empapo en las imágenes que se revisten á sí mismas de metros armoniosos, como el pájaro que vela bajo las hojas canta en la oscuridad.»